

ANTROPOLOGÍAS HECHAS EN ECUADOR

JOSÉ E. JUNCOSA B., FERNANDO GARCÍA S.,
CATALINA CAMPO I., TANIA GONZÁLEZ R.
(EDITORES)

TOMO I

ANTOLOGÍA-VOLUMEN I



ASOCIACIÓN LATINOAMERICANA DE ANTROPOLOGÍA





**ANTROPOLOGÍAS
HECHAS EN ECUADOR**

José E. Juncosa B., Fernando García S., Catalina Campo I., Tania González R. (editores)

Antropologías hechas en Ecuador. Antología-volumen I / José E. Juncosa B., Fernando García S., Catalina Campo I., Tania González R. (Editores)

Ira. Edición en español. Asociación Latinoamericana de Antropología; editorial Abya-Yala; Universidad Politécnica Salesiana (UPS) y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-Ecuador), 2022

496p.; tablas.; gráficos; mapas.

ISBN:

978-9978-10-648-8 OBRA COMPLETA

978-9978-10-649-5 Volumen I

ISBN DIGITAL:

978-9978-10-653-2 OBRA COMPLETA

978-9978-10-655-6 Volumen I

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995

Catalogación en la fuente – Asociación Latinoamericana de Antropología

© Asociación Latinoamericana de Antropología, 2022

© José E. Juncosa B., Fernando García S., Catalina Campo I., Tania González R. (editores), 2022

Ira Edición, 2022

Asociación Latinoamericana de Antropología

Editorial Abya-Yala

Universidad Politécnica Salesiana (UPS)

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-Ecuador)

Diseño de la serie: Editorial Universidad del Cauca

Fotografía de portada: *Awame, mujer waorani con mono capuchino blanco*, Bamenó, Yasuní, 2018, Franziska Muller

Diagramación: Editorial Abya-Yala

Diseño de carátula: Editorial Abya-Yala

Editor general de la colección: Eduardo Restrepo

Copy Left: los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales.

Edición 2022

Contenido

Prefacio

Presentación

Nota sobre la edición

1. Antropología amazónica

Dar nombres a los árboles

LAURA M. RIVAL

Un cuerpo para soñar

ANNE-GAËL BILHAUT

2. Antropología andina

El gobierno del pueblo indígena colonial

HUGO BURGOS GUEVARA

El liberalismo del temor y los indios

MERCEDES PRIETO

Las exportaciones y los viajes

JEROEN WINDMEIJER

La construcción de la comunidad indígena

LUIS ALBERTO TUAZA CASTRO

3. Antropología de la Costa

No estaban muertos andaban de parranda: percepciones
y autopercepciones de la identidad chola en la Costa ecuatoriana

SILVIA G. ÁLVAREZ

Los actores del conflicto y sus características socioculturales

PABLO MINDA

4. Antropología y lingüística

Estado del arte de la estandarización de la escritura del quichua ecuatoriano

LUIS MONTALUISA CHASIQUIZA

Sobre la fascinante objetividad

JANIS B. NUCKOLLS

5. Antropología y educación

Aportes de la antropología a las ciencias de la educación

JUAN BOTTASSO, SDB

Racismo en colegios de élite

LYDIA ANDRÉS

6. Cultura y naturaleza

Los criterios del buen vivir

PHILIPPE DESCOLA

Pidgins transespecies

EDUARDO KHON

7. Antropología, economía y desarrollo

Reciprocidad, trueque e intercambio: la moralidad del intercambio
y de los créditos

EMILIA FERRARO

Experiencias de desarrollo rural en la era neoliberal

VÍCTOR BRETÓN SOLO DE ZALDÍVAR

El viaje del chocho, una semilla ancestral: gentes y paisajes que albergan su camino

ALEXANDRA MARTÍNEZ-FLORES, GUIDO RUIVENKAMP Y JOOST JONGERDEN

Sobre los autores

Sobre las instituciones

6. Cultura y naturaleza

Los criterios del buen vivir¹

PHILIPPE DESCOLA

Introducción

La eficacia de un sistema económico no es tanto función de la cantidad de riquezas que engendra como de su capacidad de satisfacer los objetivos que se le asignan. En las sociedades donde la producción está orientada principalmente hacia los valores de uso, estos objetivos son culturalmente limitados y sin alternativa. Así, para los Achuar, la finalidad principal de un buen uso de la naturaleza no es la acumulación infinita de objetos de consumo sino la obtención de un estado de equilibrio que ellos definen como el “bien vivir” (*shiir waras*).² Recortado nítidamente en el marco inmutable de la unidad doméstica, el paisaje del buen vivir ha sido dibujado ya en filigrana en las páginas precedentes. Aquí y allá aparecieron los lineamientos de algunas convicciones rústicas a las que podríamos reducir una filosofía achuar de la existencia cotidiana. La piedra angular de una vida armoniosa es sin duda alguna la paz doméstica, esa pequeña cosa que da a tal o cual casa una atmósfera amable de la que el etnólogo se desprende siempre con pesar. Al contrario de un tópico difundido, el grado de concordia conyugal no es inversamente proporcional al número de esposas. Desposar a las hermanas es incluso el mejor medio de obtener la paz en el hogar; un afecto real liga entonces a las coesposas y les impide entrar en competencia para obtener los favores de su marido. Esta paz doméstica está confirmada en un microcosmos, empero los Achuar le atribuyen tanto más precio cuanto que este mundo cerrado es su único refugio frente a un medio externo constantemente atravesado por muy graves tensiones sociales. Se comprenderá fácilmente que en una sociedad donde la relación con el otro está principalmente mediatizada por la guerra, sea vital para el equilibrio psicológico el convertir su morada en un refugio de paz.

1 Capítulo 9 y Conclusión de *La selva culta: simbolismo y praxis en la ecología de los Achuar* (1987/1996, pp. 413-441). Quito: Abya-Yala

2 Las negritas con que se resaltaban términos extranjeros, se han reemplazado por cursivas (N del E).

La definición del buen vivir no se deja pues encerrar en las simples categorías de la economía o del hedonismo, ya que la paz doméstica es una de las condiciones de la satisfacción de las necesidades al mismo tiempo que su resultado parcial. La armonía conyugal se deja ver libremente cuando la abundancia de carne asegura el buen humor de las esposas y cuando las libaciones repetidas de cerveza de mandioca logran apagar la inmensa sed de los esposos. En estas circunstancias se necesita un carácter singularmente gruñón o la sombra de un adulterio para que la discordia acabe instalándose en la casa. Mas el entendimiento entre los cónyuges es también un elemento de la productividad de la unidad doméstica pues es la condición de una colaboración eficaz de los sexos en las actividades de subsistencia. Estas bellas intenciones no convierten por ello a los Achuar en una sociedad idílica donde reinaría la armonía generalizada entre esposos. De hecho, el dominio masculino se ejerce a veces sobre las mujeres de manera excesivamente brutal, particularmente cuando los hombres están ebrios. En ciertas casas, las esposas son regularmente golpeadas por su marido, a veces hasta la muerte. El suicidio femenino no es excepcional y constituye el arma más dramática para protestar contra malos tratos repetidos. En los hogares donde reina la guerra de los sexos —fuerza brutal contra ociosidad recriminante— predomina una atmósfera lúgubre completamente antitética al buen vivir. Así, estas unidades domésticas tenían función de ilotas cuando informadores maldicientes las señalaban al etnólogo como una ilustración de los daños del desacuerdo conyugal.

Así pues, la paz doméstica no es universal y tampoco es una condición absoluta de la eficacia del aprovisionamiento alimenticio, pues las características del sistema productivo son tales que incluso la mayor discordia no bastará para desorganizar la vida económica de una unidad doméstica. En su componente social el buen vivir es una suerte de horizonte normativo de la vida doméstica, un objetivo óptimo que no es ni deseado ni alcanzado por todos los Achuar. El observador solo puede aprehenderlo de manera muy subjetiva, por el placer o desagrado que experimenta al vivir con sus anfitriones. En su componente estrictamente económico, el bien vivir se deja en cambio definir por criterios fácilmente objetivables: la productividad del trabajo, la tasa de explotación de recursos o la composición cuantitativa o cualitativa de la alimentación. Es pues a este campo sin obstáculos que limitaremos nuestro análisis, dejando a los Achuar el cuidado de decidir por sí mismos si conocen o no la felicidad doméstica.

La subexplotación de los recursos

Una de las maneras más cómodas de analizar la eficacia de un sistema económico orientado hacia la producción de valores de uso, es examinar la tasa de explotación real de su capacidad productiva, es decir el margen de seguridad que se da para realizar sus objetivos. Aquí deben considerarse dos factores intrínsecamente ligados:

la productividad potencial del sistema de recursos y su grado de actualización en función de la productividad potencial del sistema de medios. En el capítulo precedente ya fue claramente manifiesto que los Achuar solo utilizan una fracción mínima de la cantidad total de trabajo que ellos podrían movilizar. Si nos atenemos tan solo a las actividades que tienen por objeto el aprovisionamiento alimenticio (excepto las operaciones de transformación), la duración media de trabajo individual que se les dedica totaliza tres horas y media (206 minutos) por día. Es decir que, si se toma como base una jornada de diez horas de trabajo, los Achuar conceden solamente el 35 % de su tiempo diario a la producción de subsistencia. Es fuera de duda pues que quedan en teoría amplias posibilidades de intensificación del trabajo, posibilidades que no son explotadas en razón de los límites socialmente instituidos para el gasto de la fuerza de trabajo. Si el trabajo no es un recurso escaso a nivel individual, tampoco lo es en el plano colectivo puesto que un segmento entero de la población potencialmente productiva permanece sistemáticamente inactivo. En efecto, hasta la edad del matrimonio los adolescentes pasan casi todos sus días en una ociosidad completa; mientras que las muchachas son empleadas muy tempranamente en los trabajos del huerto, nadie pensaría en exigirle a un muchacho que participe en el esfuerzo de subsistencia de la unidad doméstica. Tanto las modalidades del gasto de trabajo como la composición específica de la fuerza de trabajo son aquí determinadas por esquemas culturales y no por constreñimientos físicos, en la medida en que jóvenes robustos se ven dispensados de las tareas de producción.

La subexplotación de las capacidades productivas no es únicamente perceptible en el campo del trabajo humano, ella aparece igualmente de manera notoria en la subutilización de ciertos tipos de recursos. Es en la horticultura donde la estimación de la tasa de subutilización es más fácil de realizar debido al carácter mensurable de la productividad agrícola. Sin embargo, debido a la extrema diversidad de los cultígenos plantados por los Achuar, es casi imposible operar un análisis cuantificado de la productividad de los huertos para todos los productos hortícolas efectivamente explotados. Limitaremos pues nuestras demostraciones a la mandioca puesto que se recordará que se trata del cultígeno dominante en los huertos achuar en términos de número de plantas (64 % de las plantas por término medio). Esta preponderancia de la mandioca en las plantaciones corresponde evidentemente al papel fundamental que desempeña en la alimentación diaria. De esta manera, cuando se clasifican los principales cultígenos achuar según la masa media cosechada diariamente (tabla 1), aparece de inmediato que la mandioca se coloca muy por delante, puesto que por sí sola constituye el 58,5 % de la producción hortícola total.³ Las otras

3 Este cuadro, al igual que todos los datos cuantificados presentados en este capítulo, está basado en el análisis de una muestra de seis unidades domésticas en hábitat disperso (cuatro en el hábitat ribereño y dos en el hábitat interfluvial) estudiadas durante un período global de 66 días. La duración mínima de estadía en una unidad doméstica ha sido de ocho días y la máxima de dieciocho. Esta muestra ha sido seleccionada por su representatividad dentro de

plantas cultivadas —particularmente las musáceas y las patatas dulces— están muy a la zaga en orden de importancia. Además, la mayor parte de la cosecha diaria de patatas dulces es empleada en la elaboración del alimento de los perros y debe en consecuencia ser sustraída del volumen asignado al consumo humano. Incidentalmente, se notará que la tabla 1 hace aparecer diferencias significativas entre los biotopos en lo que respecta a la composición de la producción de los huertos. En el hábitat interfluvial los productos hortícolas son menos diversificados que en el hábitat ribereño (ausencia de maíz y de cacahuete) y la mandioca en consecuencia ocupa en él un lugar mucho más importante. Estos resultados no son inesperados, teniendo en cuenta los constreñimientos pedológicos distintos que influyen sobre las técnicas de cultivo en uno y otro biotopo.

Cultígeno	Hábitat Interfluvial		Hábitat Ribereño	
	En kilos	En %	En kilos	En %
Mandioca	19,5	69,7	22,3	51,2
Musáceas	3	10,7	6,8	15,6
Patatas dulces	2,4	8,6	6,4	14,8
Tubérculos diversos	3,1	11	7	16,1
Maíz	0	0	0,9	2
Cacahuetes	0	0	0,04	0,01
Total	28	100	43,44	100

Tabla 1. Orden de importancia de los principales cultígenos en la alimentación según la masa cosechada cotidianamente.

Sea lo que fuere de estas diferencias proporcionales, resulta que en todas las casas achuar la mandioca asegura por lo menos el 50 % del volumen de alimentación de origen vegetal y que su cultivo reviste así una importancia estratégica en el equilibrio del sistema productivo. Es pues legítimo preguntarse acerca de las tasas

una serie más amplia de encuestas que incluyen 14 unidades domésticas durante un período global de 163 días. En todas estas unidades domésticas han sido medidas diariamente la producción alimenticia y la duración del trabajo. Las seis unidades domésticas retenidas para constituir la muestra definitiva han sido escogidas debido a que los períodos de encuesta estaban equitativamente distribuidos a lo largo del ciclo estacional y que los resultados medios eran los más próximos a los promedios generales.

de cobertura de las necesidades en mandioca, es decir sobre la relación entre la capacidad productiva de los huertos y el consumo efectivo. Hemos constatado en varias ocasiones hasta aquí las disparidades considerables que existen entre las casas con respecto a las superficies efectivamente puestas en cultivo y regularmente desyerbadas. La diferencia de superficies explotadas por diversas unidades de producción se escalonaba en una razón de 1 a 13, sin que se pueda explicarla por ajustes a la dimensión de la unidad de consumo. Había que admitir en consecuencia una subutilización de parte de algunas casas de su capacidad productiva hortícola y postular que las variaciones considerables entre las superficies cultivadas eran atribuibles en última instancia a una búsqueda de prestigio. La tabla 2 muestra a qué punto esta subutilización es considerable y permite destacar que, incluso en los huertos más pequeños, queda todavía un margen de intensificación potencial de la producción. De este modo, la unidad doméstica que adapta lo más estrechamente sus capacidades productivas a sus capacidades de autoconsumo, no llega sin embargo a explotar más que el 79,9 % de su potencial productivo de mandioca. En cuanto a la casa cuya tasa de cobertura de las necesidades está asegurada en un 581 %, solo utiliza efectivamente el 17,2 % de su capacidad productiva.

Hábitat	Superficie de los huertos (en m ²)	Productividad de los huertos (en kg)*	Consumo anual (en kg)**	Tasa de cobertura de las necesidades (en %)	Tasa de explotación del potencial productivo (en %)
Ribereño	2.437	4.570	3.650	125	79,9
Ribereño	9.655	18.102	8.760	206,6	48,4
Ribereño	15.409	28.892	10.585	273	36,6
Ribereño	22.642	42.452	8.935	475	21
Interfluvial	9.729	14.594	6.497	224	44,5
Interfluvial	31.820	47.730	8.212	581	17,2

* Productividad bruta (raíces no peladas) estimada tomando como base 0,75 plantones de mandioca por m² (promedio de 3 cuadrados de densidad) y de una masa media de raíces por plantón de 2,5 kg en el hábitat ribereño contra 2 kg en el hábitat interfluvial (las raíces de las variedades del hábitat ribereño son más voluminosas por término medio que las del hábitat interfluvial).

** Consumo estimado tomando como base el aprovisionamiento diario medio de cada una de las casas en raíces de mandioca no peladas.

Tabla 2. Tasa de explotación del potencial productivo en el cultivo de la mandioca.

Los datos que proporciona la tabla 2 son bastante útiles para esclarecer un cierto número de rasgos distintivos de la horticultura achuar. En primer lugar, las cantidades de mandioca plantadas en cada roza son tales que resulta siempre un enorme excedente potencial, formando según los casos entre el 20 y 80 % de la capacidad productiva de los huertos. Es verdad que, al contrario de la mandioca amarga, la mandioca dulce no es almacenable: una parte de los huertos puede por lo tanto desempeñar el papel de “almacén de reservas”, donde siempre es posible sacar en caso de un accidente imprevisible. Pero uno puede interrogarse sobre la necesidad de constituir excedentes de una tal amplitud, en la medida en que ninguna catástrofe previsible está en situación de amputar gravemente la producción de un huerto. La ausencia de enfermedades graves de la mandioca en la región achuar y la extrema estabilidad climática son garantías evidentes contra la pérdida de las cosechas; así pues ningún precedente molesto hace prever un margen tan grande de seguridad. El único accidente grave que podría poner en peligro toda la producción de un huerto sería la invasión de una manada muy grande de pecaríes que vendrían a comerse raíces y tubérculos. Ahora bien, un tal evento es inconcebible cuanto el huerto se halla próximo a la casa; solo puede producirse en las rozas pioneras muy alejadas de la residencia y dejadas sin vigilancia después de la plantación. En este último caso, por lo demás absolutamente excepcional, la dimensión del huerto en ningún caso constituye una garantía ya que los pecaríes se alimentarán del mismo con tal que no sean molestados.

Vemos entonces que la sobrecapacidad productiva de los huertos no tiene por finalidad explícita la formación de un excedente de seguridad que, por lo demás, nunca es explotado. Es otra vez el principio del prestigio que debe invocarse para dar cuenta de las disparidades entre las superficies cultivadas por cada unidad doméstica. No se trata entre los Achuar de un prestigio basado en la intensificación de la producción hortícola y en su redistribución a una red de obligados, como es el caso para los *big-men* melanesios, puesto que los mayores huertos son al contrario explotados al mínimo de su capacidad. Como ya lo notábamos en el capítulo dedicado a la horticultura, la simple extensión de los huertos que rodean una casa permite al ojo atento de un visitante medir la idea que una familia se hace de su propia importancia social.

Por otra parte las diferencias de biotopos no desempeñan ningún papel en la producción de la mandioca en la medida en que, cualesquiera que sean por los demás los constreñimientos locales del ecosistema, la superficie plantada es siempre considerablemente superior a la superficie efectivamente explotada. Por cierto, los huertos del hábitat ribereño son cualitativamente más ricos en especies, y la productividad por planta es en general más elevada en él que en el hábitat interfluvial. Mas, si consideramos que la subexplotación de la mandioca está generalizada, no hay ninguna ventaja cuantitativa particular en cultivar las tierras más fértiles de las llanuras aluviales. Ya sea en el campo del uso del trabajo, ya en el de la gestión de los recursos, son las especificaciones sociales y culturales y no los



constreñimientos ecológicos los que engendran la subexplotación de las capacidades productivas. El beneficio simbólico engendrado por el sobredimensionamiento de los huertos solo cuesta una leve intensificación del esfuerzo de trabajo, sin prolongación de su duración, puesto que es el resultado ostentatorio lo valorable y no el medio para alcanzarlo.

Existe un último campo donde la subexplotación de las capacidades productivas parece altamente probable pero queda imposible de demostrar con datos cuantificables, y es aquel de los recursos naturales. A falta de criterios científicos que permitan la evaluación precisa de la capacidad de carga cinegética y haliéutica, solo podemos suponer, en base a estimaciones impresionistas, que los Achuar podrían capturar más caza y pescados si les viniere en gana hacerlo. Pese a la alta productividad de la caza y la pesca (789 g en masa bruta de caza y de pescado por día y por consumidor en el hábitat ribereño, contra 469 g en el hábitat interfluvial), no parece que los Achuar operen una punción excesiva sobre sus recursos naturales. Todos los informantes concuerdan con el hecho de que, tan lejos como se remonte su memoria, ellos jamás han visto disminuir la caza o las capturas de peces en las regiones donde no se ejerce una competencia de las etnias vecinas. En definitiva, uno de los criterios del bien vivir es lograr asegurar el equilibrio de la reproducción doméstica explotando solo una escasa fracción de los factores de producción disponibles. En lo que atañe a la economía institucionalizada de los medios, los Achuar atestiguan manifiestamente un gran éxito; queda por saber si el grado de satisfacción de sus objetivos está a la medida de esta elegante economía de los recursos.

La productividad del sistema

En el caso presente, la eficacia productiva se evalúa mediante el análisis de la estructura del consumo alimenticio, puesto que los valores de uso estratégicos son aquí los que suministran la energía necesaria para el buen funcionamiento de la máquina fisiológica. Hemos tenido ya la ocasión de constatar que la alimentación achuar ofrecía una gran variedad de sabores y que pese a la preeminencia de la mandioca ella estaba lejos de presentar un cuadro gastronómico monótono. En vista de los datos cuantitativos parciales ya presentados, el lector sospechará igualmente que los Achuar no están familiarizados con la escasez. Aunque queda por confirmarlo, gracias a un balance nutricional que permitirá asegurarse que la abundancia está equitativamente repartida y que ninguna deficiencia proteica viene a producir carencias alimenticias. Un tal balance es el que se presenta en la tabla 3, donde se detallan las contribuciones diarias *per cápita*, en kilocalorías y en gramos de proteínas, suministradas por la caza, la pesca y la horticultura.

Sector de actividad		Caza		Pesca		Horticultura		Total	
Contribución <i>per cápita</i>		kcal	prot. (g)	kcal	prot. (g)	kcal	prot. (g)	kcal	prot. (g)
Hábitat	Ribereño	1.047	102	106	19	3.404	30	4.557	151
	Ribereño	666	65	98	17,5	2.958	26	3.722	108,5
	Ribereño	0	0	196	35	2.111	19	2.307	54
	Ribereño	988	96	227	40	3.016	26	4.231	162
	Interfluvial	498	49	71	12	2.024	18	2.593	79
	Interfluvial	429	42	43	8	2.567	23	3.039	73
Promedio general								3.408	104,5

Tabla 3. Contribución cotidiana *per cápita* a la alimentación (en kilocalorías y en gramos de proteínas) según los diferentes sectores de producción.

Este cuadro está hecho a partir de una muestra de seis casas (cuatro en el hábitat ribereño y dos en el hábitat interfluvial) en cuyo seno han sido pesados todos los productos alimenticios que llegaban diariamente durante un lapso total de encuesta de 66 días. El efectivo de consumidores por unidad doméstica ha sido calculado contabilizando todos los adultos de ambos sexos como consumidores completos (incluyendo, en cada caso, mi esposa y yo mismo) y como semiconsumidores todos los niños de menos de diez años y más de un año. El efectivo global para las seis casas es de 56,5 consumidores, con un promedio de 9,5 consumidores por casa. Únicamente los alimentos destinados al consumo humano han sido tomados en consideración, siendo la parte reservada a los animales domésticos (maíz para las gallinas y patatas dulces para los perros) diariamente sustraída del volumen de la producción. Para la proporción de desechos de cada tipo de producto, hemos elaborado una tabla de coeficientes *standards* de reducción. Para los productos cultivados, estos coeficientes han sido obtenidos a partir de experiencias empíricas, mientras que para la caza y el pescado hemos utilizado el trabajo de White (1953). La conversión de la masa comestible de cada especie de alimento en valor energético y proteico está basada en el cuadro de composición nutritiva del Institute of Nutrition of Central America and Panama (Wu-Leung 1961).

El método empleado para establecer este balance nutricional presenta un inconveniente, en el sentido de que el cuadro detalla la composición de lo que es

diariamente consumible en una unidad doméstica dada y no de lo que es realmente absorbido por cada individuo en función de su edad, sexo y peso. Para realizar un análisis realmente científico de la nutrición habría sido necesario pesar en cada comida, o en cada toma de alimento, todos los alimentos que los miembros de la casa se disponían a ingerir, tarea evidentemente imposible tanto por razones técnicas como por obvio decoro. Ahora bien, en vista de los resultados obtenidos, particularmente en el campo del consumo de proteínas de origen animal, se puede dudar que los Achuar sean capaces de absorber diariamente tales excedentes en relación con las normas usualmente prescritas. Hay que precisar pues que todo lo que es consumible no es realmente consumido, sobre todo lo que se refiere a la caza y al pescado. Luego de una pesca o una caza particularmente fructífera, los pedazos de carne y los filetes de pescado son cecinados y guardados en reserva en una canasta expuesta al humo del fogón. A pesar de estas precauciones y de las cantidades increíbles de caza que los Achuar son capaces de engullir en un día, las reservas acaban dañándose y es necesario entonces desembarazarse de la carne dañada. Esta fracción de la producción así sustraída del consumo no implica por ello una deficiencia temporal de la cantidad de proteínas ya que el cazador vuelve a cazar tan pronto las provisiones de carne dejan de ser consumibles. Al destinar una parte de sus alimentos al desperdicio, los Achuar se dan el mismo lujo que las sociedades hiperindustrializadas, ofreciendo de este modo un mentís patente a la imagen tradicional de la sociedad primitiva entera movilizadada en su lucha contra el hambre.

Esta aparente prodigalidad se manifiesta de modo convincente cuando se examina la tasa de cobertura de las necesidades en calorías y en proteínas. Por falta de una encuesta antropométrica detallada, no ha sido posible establecer con precisión las necesidades calórico-protéicas de la población achuar por sexo y por grupo de edad. Por lo demás, las normas generales medias propuestas por los nutricionistas son bastante variables y no toman suficientemente en cuenta el costo energético de las actividades. Hemos escogido pues retener como norma mínima de la cantidad cotidiana indispensable de calorías y de proteínas para un individuo medio, el valor más fuerte establecido por Lizot para los Yanomani, o sea una población relativamente cercana a los Achuar por su constitución física y por su modo de vida. En un análisis detallado, Lizot (1978: pp. 94-95) calcula que el máximo de necesidades energéticas per capita sube a 2.600 kcal (para un adolescente de diez a doce años), mientras que el máximo de necesidades protéicas es de 27.4 g por día (para un hombre adulto). Se puede entonces suponer que si el consumo promedio de un Achuar se aproxima a esta norma maximal yanomami, las necesidades serán adecuadamente cubiertas. Con la lectura de la tabla 3 se constatará que en todas las unidades domésticas de nuestra muestra el consumo medio sobrepasa ampliamente estos dos valores. En otras palabras, un Achuar medio consume muchas más calorías y proteínas que las que son necesarias entre los Yanomami dentro de los grupos de edad cuyas necesidades son las más importantes. Con 3.408 kcal por día, al promedio de nuestra muestra, las necesidades energéticas están cubiertas al 131

%; el promedio de la cantidad de proteínas es de 104,5 g, lo que significa una tasa de cobertura del 381 %. En estas condiciones se comprenderá que no hayamos ni siquiera juzgado necesario incluir los productos de recolección en el balance nutricional a pesar de la contribución no despreciable que ellos representan durante ciertos períodos del año.

Por notables que parezcan, estos resultados no son por ello extraordinarios y sostienen la comparación con otros datos idénticos recolectados en otras poblaciones amerindias, jívaro y no jívaro (véase tabla 4).

Primero se observará hasta qué punto la composición media de la alimentación es allegada en los tres grupos jívaro estudiados, tanto para el valor energético como para la cantidad de proteínas. Esta similitud de los resultados corrobora nuestros datos y atestigua ampliamente el hecho de que la abundancia y la calidad de la alimentación en las casas de nuestra muestra no eran atribuibles a circunstancias excepcionalmente favorables. La configuración de la alimentación en estos cinco grupos de población contribuye además a proyectar la sospecha sobre las interpretaciones hiperdeterministas de ciertos teóricos del materialismo ecológico que ven en la accesibilidad a las proteínas el factor limitante absoluto de la densidad demográfica aborígena en la Amazonía. En la exposición mejor argumentada de esta hipótesis, D. Gross se entrega a cálculos acrobáticos para demostrar, basándose en una muestra de diez sociedades amerindias, que la cantidad de proteínas en la alimentación indígena siempre se sitúa por debajo o en el límite de un tope mínimo que él fija en 63 g por día y por persona (Gross 1977: pp. 531-532). Lizot criticó ya de manera convincente el carácter arbitrario de la definición de una tasa tan elevada (Lizot 1977: pp. 134-135); pero aun cuando se aceptarían los 63 g como un tope mínimo, quedarían por lo menos cinco muestras de sociedades amerindias, para las cuales se dispone de datos seguros, que sobrepasan crónicamente esta tasa de aportación proteica. En cambio, si se examina en detalle el procedimiento empleado por Gross para fijar la contribución proteica en cada una de las diez sociedades de su muestra, es forzoso constatar que él razona principalmente a partir de extrapolaciones azarosas y no de mediciones precisas y extensivas. Sin poner en duda el hecho de que ciertas sociedades amazónicas puedan conocer carencias proteicas en su alimentación —muy particularmente en situaciones de contacto o de avanzada aculturación— uno no puede menos que interrogarse sobre la validez de las generalizaciones que Gross saca de una muestra tan poco fiable.

A este respecto, compartimos los puntos de vista de Beckerman quien, en un comentario crítico del artículo de Gross, proponía al contrario la idea de que, según toda probabilidad, las fuentes de proteínas son subexplotadas por las poblaciones aborígenes de la hylea amazónica (Beckerman 1979: p. 533). Nuestros estudios sobre los Achuar, así como los de Lizot sobre los Yanomami, muestran bien que las sociedades amerindias cuyas condiciones de existencia no han sido demasiado perturbadas explotan solamente una pequeña fracción de sus recursos naturales;

por lo tanto ellas no pueden estar “limitadas” por la accesibilidad a las proteínas. A decir verdad, si en alguna parte existe carencia es sin duda en los datos sobre los cuales se basan las interpretaciones ecológicas hiperdeterministas, más que en la alimentación de las poblaciones amazónicas.

Población	Consumo medio (kcal)	Proteínas (g)
Jívaro Achuar del Ecuador	3.408	104,5
Jívaro Achuar del Perú ¹	3.257	107,7
Jívaro Aguaruna ²	3.356	--
Siona Secoya ³	2.215	80,9
Yanomani centrales ⁴	1.772	67,55

¹ Ross 1976: p. 149; ² Berlin y Markell 1977: p. 12; ³ Vickers 1976: p. 135; ⁴ Lizot 1978: p. 96.

Tabla 4. Consumo medio de calorías y proteínas en cinco poblaciones amazónicas.

Que los factores ecológicos desempeñen un papel mucho menos determinante que lo que se ha pretendido se revela de modo ejemplar en la escasa diferencia observable entre las cantidades medias de proteínas consumidas por los Achuar según la naturaleza de los biotopos que ellos explotan. Al comienzo de este trabajo evocábamos la tesis dominante entre numerosos etnólogos y arqueólogos norteamericanos, que ven en la mayor accesibilidad a las proteínas del hábitat ribereño amazónico una ventaja adaptativa susceptible de suministrar una base material al desarrollo de sociedades complejas y jerarquizadas. Ahora bien, entre los Achuar, por lo menos, la disparidad entre los biotopos no parece tan significativa: el promedio de la aportación proteica cotidiana es de 76 g por persona en las unidades domésticas interfluviales contra 119 g en las unidades domésticas ribereñas. Es verdad que una diferencia de 43 g podría parecer enorme pero solamente con la condición de que este déficit pueda hacer bajar los Achuar interfluviales por debajo del fatídico umbral de los 27,4 g lo cual no es el caso aquí. Así, y pese al hecho de que las unidades domésticas interfluviales absorben menos proteínas que aquellas de las llanuras aluviales, el consumo diario que ellas hacen es todavía cerca de tres veces superior a la norma establecida. En otros términos, las colinas interfluviales no son en nada un “desierto proteico” y si desde ese punto de vista se tuviera que establecer un contraste entre los biotopos, este se situaría más bien entre la abundancia y la superabundancia antes que entre la carencia y la adecuación a las necesidades.

En la medida en que contradicen teorías en boga, estos resultados podrían parecer sospechosos o insuficientemente fundamentados. Ahora bien, estos están perfectamente confirmados por el único investigador que, según nuestro conocimiento, se tomó la molestia como nosotros de medir con precisión las diferencias de productividad entre un biotopo interfluvial y uno ribereño, explotados de manera idéntica por un mismo pueblo amazónico. En su ensayo sobre el trabajo y la alimentación entre los Yanomami, Lizot observa en efecto que “la diferenciación de los hábitats no merece ser conservada en la presentación, de los resultados en lo que respecta a los Yanomami centrales; puede que sea útil para otras regiones” (Lizot 1978: p. 96). Puede que sea eventualmente, y deberemos esperar informaciones suplementarias sobre otros grupos étnicos amazónicos —si todavía es tiempo para recogerlas— antes de poder formarnos una opinión más contrastada. Por lo demás, esta convergencia objetiva entre dos sociedades amazónicas, tan próximas por muchos rasgos estructurales, inclina a recibir con la mayor prudencia la teoría de una diferenciación de las formas sociales engendrada por una desigual accesibilidad a las proteínas.

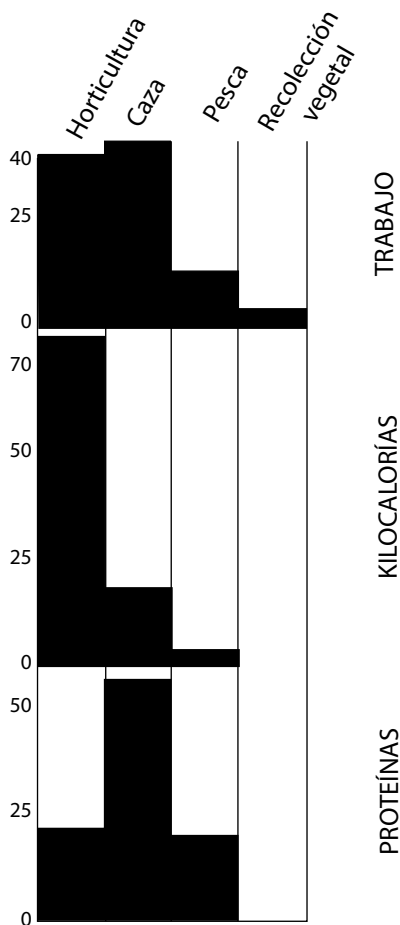
Al concluir nuestro examen de las diferentes tasas de densidad demográfica achuar según los biotopos (capítulo 2), nos interrogábamos sobre un hecho desconcertante: ¿por qué, dada la muy poca densidad de población en el hábitat ribereño (0,44 h/km²), todos los Achuar interfluviales no se habían concentrado en esta zona de llanuras aluviales donde hubieran podido encontrar recursos potenciales superiores a los de que disponían en el hábitat interfluvial? La respuesta a este enigma se hace ahora evidente. Aparte del hecho de que la ventaja adaptativa del hábitat ribereño en materia de recursos naturales no es prácticamente explotada por razones culturales (tabúes sobre los grandes mamíferos ripícolas), la productividad del sistema económico en el hábitat interfluvial es tal que, provisto que su densidad demográfica se mantenga en la tasa actual, no existen mayores razones para migrar al hábitat ribereño donde por lo demás reina una malaria endémica. De hecho la actual densidad demográfica en la zona interfluvial puede parecer excepcionalmente baja (0,08 h/km²); sin embargo es apenas inferior a la estimación de 0,1 h/km² que propone Denevan como la tasa más probable para este tipo de biotopo antes de la conquista española (Denevan 1976: p. 228).

La superproducción generalizada de las casas achuar invita igualmente a cuestionar la universalidad de las inferencias sacadas por Sahlins de su análisis de las constantes estructurales en lo que él llama el modo de producción doméstico (Sahlins 1972: pp. 41-99). Sahlins desarrolla de manera pertinente y argumentada la idea de que las sociedades primitivas solo funcionan al mínimo de sus capacidades productivas y concluye en consecuencia que la subproducción es natural en las economías organizadas exclusivamente en base al grupo doméstico y a las relaciones de parentesco entre los grupos domésticos. Una consecuencia ineluctable de esta subutilización sistemática de los recursos sería, según él, la imposibilidad temporal experimentada por ciertas unidades domésticas de operar



su autoabastecimiento de manera totalmente independiente, imposibilidad que engendraría la obligación para estas de recurrir a la ayuda mutua de las unidades domésticas más favorecidas (Sahlins 1972: pp. 69-74). Este fracaso regular de por lo menos algunas unidades de producción sería pues un constreñimiento estructural del modo de producción doméstico tal como lo define Sahlins. Los tres ejemplos etnográficos propuestos como ilustración de esta tendencia (los Iban, los Mazulu y los Yakö) son tal vez insuficientes para poder fundar en ellos una ley universal, tanto más que uno de ellos es poco convincente ya que entre los Iban una parte aparentemente bastante importante de la fuerza de trabajo doméstica es empleada para la producción de valores de intercambio en detrimento de la producción de valores de uso (Sahlins 1972: pp. 71-72).

Resulta evidente que ninguna casa achuar está protegida de un accidente imprevisto que vendría a amputar ampliamente su fuerza de trabajo. Los relatos que ciertos informantes hacían de las consecuencias dramáticas de una epidemia de sarampión en los años cincuenta sugieren bastante que enfermedades inhabilitantes que afecten la mayor parte de los productores de una unidad doméstica pueden tener un efecto catastrófico sobre el nivel de aprovisionamiento alimenticio. Por otra parte, la generalización del levirato y de la poliginia —mecanismos con los cuales se opera constantemente el reajuste de la fuerza de trabajo en caso de desorganización de la capacidad productiva doméstica por un deceso— no es suficiente en sí para impedir que ciertas unidades domésticas no puedan conocer temporalmente momentos difíciles. En este sentido, es exacto que la amenaza de una baja provisional de abastecimiento causada por la enfermedad o la muerte de un miembro estratégico de la unidad doméstica se cierne siempre sobre los Achuar. Mas aquello es una amenaza universal puesto que en todas las sociedades históricas la unidad de consumo doméstica es siempre dependiente para su subsistencia material del trabajo que suministran sus miembros. En caso de interrupción accidental del trabajo, habrá entonces que contar con la solidaridad de los parientes en una sociedad primitiva o con un sistema estatal de prestaciones sociales en una sociedad industrial avanzada. Este tipo de fracaso económico temporal no es pues propio del sistema productivo del modo de producción doméstico tal como lo define Sahlins. En cambio, si Sahlins quiere decir que la imposibilidad para ciertas unidades domésticas de asegurar normalmente su autosubsistencia proviene de su incapacidad estructural de prever sus necesidades reales de consumo en razón de una subutilización demasiado sistemática de los recursos productivos, no es cierto que esta proposición pueda ser generalizada. Ella no se aplica en todo caso a los Achuar de quienes se ha visto hasta qué punto sabían reservar un amplio margen de seguridad en su subexplotación del potencial productivo.



Porcentaje del tiempo total de trabajo diario invertido por un individuo en un sector dado de subsistencia (100 % = 206,5 minutos).

Porcentaje del total de kilocalorías suministradas a un individuo por un sector dado de subsistencia (100 % = 3.423 kilocalorías).

Porcentaje del total diario de proteínas suministradas a un individuo por un sector dado de subsistencia (100 % = 104,7 gramos de proteínas).

Figura 1. Productividad del trabajo en cada una de las actividades de subsistencia en función de su contribución a la alimentación.

Es pues lícito decir que los componentes técnicos de ciertos sistemas productivos —tales como aquellos practicados por numerosas sociedades indígenas de la Cuenca Amazónica— hacen poco más o menos imposible un fracaso crónico de una fracción de las unidades domésticas cuando este fracaso es atribuible exclusivamente a la

imprevisión. En el caso achuar la garantía casi automática de éxito está asegurada no solamente por la seguridad que trae el cultivo extensivo de la mandioca en un medio desprovisto de variaciones climáticas notables, sino también por la elevada productividad del trabajo en todos los sectores de la subsistencia. En efecto, bastan 82,6 minutos de trabajo diario en la horticultura para producir 2.509 kcal y 23,5 g de proteínas, o bien de 88,9 minutos dedicados a la caza para obtener 602,5 kcal y 59 g de proteínas. En otras palabras, *con una inversión individual media en la caza y la horticultura inferior a tres horas diarias, se obtienen en retribución 3.111,5 kcal y 82,5 gramos de proteínas*. Resultados tan notables hacen parecer en cambio bien modesta la productividad bruta de la Francia agrícola en un siglo XVII atravesado por las grandes hambrunas.

Cuando se ordena la productividad del trabajo en cada una de las actividades de subsistencia en función de su contribución energética y proteica a la alimentación (figura 1), se ve claramente aparecer la dimensión simbólica de la valorización fijada a cada uno de los procesos de trabajo. Como era de prever, la horticultura es la técnica de aprovisionamiento alimenticio más productiva en calorías por unidad de tiempo invertido (78,3 % de las kcal para el 40 % del trabajo diario), mientras que más paradójicamente, es la pesca la que resulta ser la más productiva en proteínas por unidad de tiempo gastado (21 % de las proteínas para el 13 % de trabajo diario). Este último punto se explica particularmente por el hecho de que la colocación de sedales atados a la orilla solo exige algunos minutos por día, al mismo tiempo que asegura un aprovisionamiento escaso pero regular de pescados. Aunque representa casi la mitad del gasto diario medio en trabajo (43 %), la caza suministra apenas más de la mitad de la contribución diaria en proteínas (56,4 %). Si se piensa que la pesca y la horticultura suministran entre ambas 45,5 g de proteínas por día, se podría entonces decir que la productividad de la caza no es muy alta; en buena lógica marginalista los Achuar podrían casi completamente dejar de cazar. Les bastaría con cultivar un poco más de maíz y frijoles, pescar un poco más o comer más seguido los huevos de su corral, para mantener una tasa de aportación proteica más que suficiente. Empero esto sería olvidar que la cacería no solamente es un medio para conseguir proteínas, sino también y ante todo una fuente de placer tanto para los hombres que la practican como para las mujeres que se deleitan con la caza. La lógica de la economía de los medios por el cálculo racional no tiene lugar en una sociedad donde tanto las necesidades como los medios propios para su satisfacción no provienen de una opción deliberativa. Esto es algo de lo cual uno puede convencerse perfectamente al observar la escasa productividad de la recolección vegetal, que suministra solamente el 0,5 % de las calorías y el 0,2 % de las proteínas para el 4 % del trabajo diario.⁴ Ahora bien, la

4 Hay que notar que la aportación diaria de la recolección vegetal está ampliamente subestimada en esta muestra en razón de la brevedad de los períodos de encuesta y de su repartición a todo lo largo del año. En base a las encuestas más extensivas que hemos efectuado, podemos considerar que, durante la estación *neretin* (es decir durante por lo menos cinco

recolección es concebida por los Achuar como un paseo de diversión y no como una labor exigente; no tendría pues más sentido el tildar de improductiva esta técnica de aprovisionamiento alimenticio que el que tuviera el condenar nuestra recolección dominical de las setas y los mízcalos como una pérdida de tiempo.

En un artículo que se hizo célebre, Sahlins desarrollaba la idea de que los cazadores-recolectores del neolítico, lejos de estar todos al borde del hambre como lo imaginaba un prejuicio corriente, podían ser legítimamente considerados como la “primera sociedad de abundancia” (Sahlins 1968). El cuadro se habría ensombrecido considerablemente conforme fue transcurriendo la evolución social y tecnoeconómica de la humanidad, con un aumento progresivo del tiempo de trabajo individual y una baja correlativa de su productividad. El ejemplo de los Achuar, así como el de otras sociedades de cazadores-rozadores amazónicos, muestra sin embargo que la domesticación de plantas no es necesariamente el primer paso de un engranaje productivista que conduce ineludiblemente a la alienación económica. Los Achuar no trabajan más que la mayoría de las sociedades de cazadores —recolectores inventariadas por Sahlins y el nivel de su alimentación es sensiblemente mejor en calidad y en cantidad—. Desde hace por lo menos tres milenios que poblaciones amazónicas escogieron el cultivo de la mandioca, esta mutación no ha engendrado aparentemente ni el hambre, ni la disminución de los ratos de ocio, ni la explotación del hombre por el hombre. Que esta opción haya sido la mejor posible encuentra sin duda una ilustración en la cuasi unanimidad con la que las sociedades de la selva ecuatorial sudamericana han adoptado el cultivo de los tubérculos. Se sabe ahora en efecto que casi todas las sociedades de cazadores-recolectores históricamente atestiguadas en la *hylea* amazónica eran anteriormente horticultores y que en esa región los sistemas de subsistencia basados exclusivamente en la depredación deben considerarse como formas regresivas o falsos arcaísmos.

La pertinaz voluntad heurística que manifiesta Sahlins es ciertamente digna de encomio y no podemos más que suscribirnos a un programa de investigación que se fija por objetivo la inteligibilidad de los mecanismos de la evolución social y económica de la humanidad. Sin embargo, hay que cuidarse de los peligros de una interpretación demasiado unilineal que haría de la agricultura el *deus ex machina* del crecimiento exponencial y de la estratificación social.⁵ La especie de anarquía

meses al año), los frutos silvestres contribuyen con 200 a 300 g a la alimentación diaria *per cápita*, o sea aproximadamente el 2 % de las calorías. Sin embargo, no es en términos de contribución energética bruta que debe evaluarse la importancia de los frutos de recolección, sino por su aportación de ciertas vitaminas (particularmente la vitamina A, la tiamina y la riboflavina) cuya importancia es crítica en el equilibrio nutritivo. Estas vitaminas existen en cantidades notablemente insuficientes en los principales cultígenos y muy particularmente en la mandioca.

- 5 Así como los evolucionistas del siglo XIX, Sahlins tiende a ver en la revolución agrícola el origen de la estabilidad de las formas políticas, la condición de la jerarquización social

política en la que viven los Achuar atestigua ampliamente de que una economía agrícola eficiente de ningún modo necesita de un cacicato o de una alienación del libre albedrío de cada uno para funcionar adecuadamente.

Conclusión

En las páginas que preceden hemos sido los compañeros atentos de los Achuar, siguiéndoles paso a paso por todos los lugares que ellos frecuentaban. Al cabo de este recorrido en espiral, hace menos falta recapitular aquello que ha sido progresivamente establecido que tratar de sacar de él algunas lecciones. Es verdad que la connivencia del etnógrafo con el universo familiar que describe tiende a veces a limitar la ambición de su propósito. Más allá de las informaciones que proporciona, la empresa monográfica sin embargo sólo se justifica si permite elevarse por inducción de lo particular a lo general. Toda sociedad singular propone sus soluciones a problemas universales y si la administración de la prueba debe sin duda apoyarse en generalizaciones comparativas, no es ilícito pensar que cada ilustración particular pueda entregar su cosecha de enseñanzas.

Por el marco que se ha asignado y por los análisis que ha producido, este estudio ha estado constantemente marcado por el sello de lo doméstico. Al escoger el hogar como el lugar de la práctica social, no hemos hecho más que adoptar el punto de vista de los Achuar, sin conferir por ello a lo doméstico el estatuto teórico que una corriente de pensamiento le ha reconocido desde Aristóteles hasta nuestros días. Este no es el lugar para decir hasta qué punto nos parece problemático el uso tipológico que se ha querido hacer de esta configuración –diversamente denominada estadio del *oikos* o modo de producción doméstico– salvo para precisar que rechazamos su empleo como categoría analítica. Si la ecología de los Achuar puede ser calificada de doméstica es porque cada unidad doméstica se piensa como un centro singular y autónomo donde es puesta en escena de modo permanente la relación con el medioambiente. Ahora bien, esta multiplicidad fragmentada de emparejamientos con el mundo natural está organizada por la idea fundamental de que en la naturaleza se juegan relaciones sociales idénticas a las que tienen la casa por teatro. La naturaleza no es pues ni domesticada ni domesticable, es simplemente doméstica.

y el instrumento que permite que se instaure la acumulación infinita de las riquezas. Así: “La agricultura... ha permitido a las comunidades neolíticas mantener un elevado nivel de orden social en el cual las exigencias de la existencia humana habían sido sustraídas al orden natural. Se podía almacenar suficientes alimentos durante ciertas estaciones para poder alimentar a la gente cuando nada crecía; la subsiguiente estabilidad de la vida social se había convertido en un factor crítico de su crecimiento material. Desde entonces, la cultura ha ido de triunfo en triunfo, en una suerte de contravención progresiva de la ley biológica del mínimo” (Sahlins 1972: p. 37).

Lejos de ser un universo incontrolado de espontaneidad vegetal, la selva es percibida como una plantación sobrehumana cuya lógica obedece a reglas distintas de las que gobiernan la vida del huerto. Esta espectacular reducción del desorden silvestre al orden hortícola indica que la relación de la naturaleza con la cultura se deja ver menos como una ruptura que como un continuum. La progresión concéntrica que conduce de la morada a la selva no se manifiesta como una travesía progresiva hacia el salvajismo, desde el momento en que pueden establecerse con los seres de la jungla estas relaciones de sociabilidad cuyo marco provee ordinariamente la casa. Proyectada continuamente en los animales de la selva, la relación de afinidad que se experimenta en el *tankamash* coloca en el mismo plano el juego de la caza y el juego de la alianza. A primera vista, estos juegos parecen escapar a la esfera doméstica, pero sería olvidar que a través de las visitas que una unidad doméstica recibe, ésta intenta constantemente reapropiarse del universo forastero. La distinción entre los de la casa y los otros se anula por lo demás completamente en el gran flujo perpetuo mediante el cual cada hogar se alimenta de yernos, asimilación que ofrece el modelo ejemplar de una domesticación exitosa de los afines. La guerra sanciona el ineluctable fracaso de este paso al límite, donde uno intenta convencerse de que la hospitalidad temporal concedida a los aliados es un adecuado sustituto del convivir; la caza debería saber algo al respecto, ella que hace día a día la cruel experiencia de la duplicidad de semejante apuesta.

Sin embargo, los Achuar no han civilizado completamente la naturaleza en las redes simbólicas de la domesticidad. Ciertamente, el campo cultural es aquí singularmente englobante, puesto que encontramos en él animales, plantas y espíritus que competen al ámbito de la naturaleza en otras sociedades amerindias. No se encuentra pues entre los Achuar esta antinomia entre dos mundos cerrados e irreductiblemente opuestos: el mundo cultural de la sociedad humana y el mundo natural de la sociedad animal. Existe no obstante un momento en que el continuum de sociabilidad se interrumpe para ceder el lugar a un universo salvaje irreductiblemente extraño al hombre. Incomparablemente más reducido que el ámbito de la cultura, este pequeño segmento de naturaleza comprende el conjunto de las cosas con las cuales no puede establecerse ninguna comunicación. A los seres dotados de lenguaje (*aents*), de los cuales los humanos son la encarnación más cabal, se oponen las cosas mudas que pueblan universos paralelos e inaccesibles. La incomunicabilidad es a menudo atribuida a una falta de alma (*wakan*) que afecta a ciertas especies vivientes: los peces, la mayoría de los insectos, los animales de corral y numerosas plantas están de este modo dotados de una existencia maquinal e inconsecuente. Mas la ausencia de comunicación es a veces función de la distancia; infinitamente alejada y prodigiosamente móvil, el alma de los astros y de los meteoros permanece sorda a los discursos de los hombres.

Si es por el criterio del lenguaje que los Achuar discriminan entre la naturaleza y la cultura, no por ello colocan a todos los seres en el mismo plano. Los seres dotados de palabra conocen una jerarquía sutil cuyos escalones inferiores apenas se

diferencias del estado de naturaleza. Sin embargo, no es un grado de competencia enunciativa el que ordena el continuum cultural sino un grado de sociabilidad. En el pináculo de este recorrido en desvanecido se sitúan los “seres completos” (*penke aents*), es decir los humanos. La sociedad achuar es el paradigma de esta humanidad absoluta y sus normas sirven de patrón para medir sus extravíos. Las etnias vecinas ofrecen la imagen de una humanidad disminuida donde los principios que rigen la vida social achuar no siempre tienen curso; incluso si a veces es posible contraer matrimonios con ellos, estos indios están tachados ya de alteridad. Aun cuando con apariencia inhumana, ciertos seres son todavía muy cercanos a los Achuar pues se conforman a reglas de alianza idénticas a las suyas. Es el caso de estos espíritus de ejemplar sociabilidad que son los Tsunki, o aún de varias especies de caza (mono lanudo, tucán...) y de plantas cultivadas (mandioca, cacahuete...).

Un paso decisivo hacia la naturaleza es franqueado cuando se llega a esta clase de seres que se complacen en la promiscuidad sexual y escarnecen así constantemente el principio de exogamia. Tan humano por tantos otros aspectos de su vida familiar, el mono aullador es el modelo de estos animales incestuosos. Entre éstos, el perro figura en buen lugar; en el seno de la vida más doméstica, este animal altamente socializado introduce el desorden de la bestialidad. En estos seres de costumbres indignas, el incesto es menos percibido como la infracción a una norma que como su inversión sistemática. Así, su sexualidad no está completamente bajo el imperio de la ley natural, pues está gobernada por la inversión simétrica de las leyes de la cultura.

El último escalón de la jerarquía de los seres con lenguaje está ocupado por los solitarios; su apartamiento de toda vida social les confina en la juntura de la cultura con la naturaleza. Los espíritus *iwianch*, encarnación del alma de los muertos están condenados a una soledad desesperante que tratan de colmar raptando niños. En cambio, los animales predadores aprecian su asociabilidad ya que ésta les libera de toda deuda para con sus presas. Los más peligrosos de estos asesinos solitarios son el jaguar y la anaconda con los cuales solamente los chamanes llegan a trabar contrato. Como los profanos son incapaces de aliarse a estos seres que rechazan las obligaciones de la vida social, la guerra salvaje que éstos dirigen contra la humanidad se convierte en la mejor ilustración de los efectos de la anomia. No obstante, por alejados que estén de las leyes de la sociedad ordinaria, los jaguares y las anacondas son los animales familiares de los chamanes, vigilando como perros las proximidades de sus casas; ellos pertenecen aún al orden de la cultura puesto que los amos que sirven no están fuera de la sociedad. Por el sesgo de esta subordinación a los chamanes de los predadores solitarios, el pensamiento achuar domestica de este modo a los animales más salvajes de la jungla: la nocividad que se les imputa es finalmente socializada en beneficio de una fracción de la humanidad.

Si la selva es el teatro de una siempre renovada empresa de domesticación de los otros, en cambio el huerto y el río se definen como esos lugares por excelencia

donde la unidad doméstica puede al fin dominar su integridad. Ámbito de una consanguinidad maternal, hecha sin embargo posible por los esfuerzos de un esposo, o escena metafórica de la conyugalidad lograda, estos dos mundos ilustran perfectamente la domesticidad de la naturaleza. Por consiguiente ¿por qué hablar de naturaleza doméstica puesto que ya se habrá adivinado que a través de estos términos es lo que los Achuar conciben como cultura que designamos? Asumiendo el riesgo de un posible equívoco, hemos empleado esta expresión como un artificio retórico con el fin de recalcar que la parte de materialidad que no ha sido directamente engendrada por el hombre y que solemos denominar naturaleza puede ser representada en ciertas sociedades como un elemento constitutivo de la cultura. Existe por supuesto todo un sector de la naturaleza transformado por el hombre y que depende pues de él para reproducirse: la humanización de las plantas y de los animales domésticos constituye un resultado previsible del constreñimiento biológico que subordina la perpetuación de estas especies a la intervención humana. Empero, como lo ilustran los Achuar, la domesticación de la naturaleza puede extenderse en lo imaginario mucho más allá de las fronteras concretas que establece la transformación por los hombres de su medio material. Incluso podría avanzarse la hipótesis de que la porción del reino natural que una sociedad va a socializar de manera fantasmática será tanto más vasta cuanto que la parte de la naturaleza que ella es capaz de transformar efectivamente es más reducida. Este fenómeno de transposición no es reducible a una suerte de compensación ideológica de la impotencia; tal aproximación sería eminentemente etnocéntrica dado que supondría justamente que toda sociedad, al igual que la nuestra, se representa la naturaleza como un terreno que hay que conquistar. Al dotar la naturaleza de propiedades sociales, los hombres hacen más que conferirle atributos antropomórficos, ellos socializan en lo imaginario la relación ideal que establecen con ella. Esta socialización en lo imaginario sin embargo no es completamente imaginada: para explotar la naturaleza, los hombres tejen entre sí relaciones sociales y es a menudo la forma de estas relaciones la que les servirá de modelo para pensar su relación con la naturaleza.

La práctica cotidiana de los Achuar confirma plenamente esta idea de que existe una correspondencia entre los modos de tratamiento de la naturaleza y los modos de tratamiento del prójimo (véase Haudricourt 1962). Esta correspondencia es el hecho de una adecuación general entre los marcos sociales de los usos del medio ambiente y las formas de sociabilidad imaginarias en las cuales estos usos se traducen. Así por ejemplo, la autonomía doméstica que caracteriza la intervención material de los Achuar sobre la naturaleza es transpuesta en la autonomía del control de las condiciones simbólicas que se supone hacen posible esta intervención. Hombres y mujeres de una unidad doméstica son a la vez independientes entre sí en sus especializaciones técnicas y mágico-rituales, al mismo tiempo que estrechamente complementarios tanto para la realización del conjunto del proceso productivo doméstico como para la puesta en práctica de ciertas precondiciones simbólicas que gobiernan la eficacia de sus prácticas respectivas. Esta mezcla muy particular de independencia y complementariedad entre los sexos se limita a la unidad doméstica:

ninguna instancia o mediación supralocal puede amenazar el privilegio que tienen los miembros de una casa de poder reproducir por sí mismos sus capacidades simbólicas de intervención sobre la naturaleza. En definitiva, esta idea de autonomía doméstica tan querida por los Achuar es mucho menos el producto de una autarquía material necesariamente imposible, que de la capacidad reconocida a cada casa de dominar el conjunto de las condiciones de su reproducción simbólica.

Más la socialización simbólica de la naturaleza va mucho más allá de su domesticación imaginaria, dado que cada uno de los procesos de explotación del medio es concebido por los Achuar como un modo diferente de comportamiento social. Así, la distinción entre la caza y la horticultura se alimenta de una oposición entre dos tipos de sociabilidad: la maternidad consanguínea ejercida por las mujeres sobre las plantas cultivadas y la seducción de los animales afines a la que se aplican los hombres. Ahora bien, estas dos formas de tratamiento de lo ajeno no están asignadas al azar a aquellos y a aquellas que las practican. Los Achuar, en efecto, han llevado muy lejos la propiedad de todo sistema de parentesco darwiniano de dicotomizar el universo social en aliados y consanguíneos, en la medida en que ellos se esfuerzan en hacer desempeñar a este eje clasificatorio la función anexa de un operador de diferenciación entre los comportamientos masculinos y los comportamientos femeninos. Ciertamente, la nomenclatura de referencia distingue claramente, para un *ego* masculino y para un *ego* femenino, los términos que designan los afines y los consanguíneos de cada sexo y de cada nivel genealógico. Mas el estudio contextual de las formas de tratamiento y de los modos de comportamiento permite mostrar que las relaciones de afinidad que pasan por las mujeres tienden a ser consanguinizadas, mientras que los hombres adoptan respecto de sus consanguíneos alejados la actitud que corresponde más bien a los afines (para un detalle de este análisis, véase Taylor 1983a). Esta manipulación recurrente del sistema de parentesco parecería indicar que los Achuar asocian las mujeres al mundo de la consanguinidad, mientras que colocan los riesgos y las obligaciones de la alianza del lado de los hombres. No es pues sorprendente que la caza y la horticultura sean representadas como dos formas distintas de relaciones sociales con seres no humanos, homologas a las dos formas dominantes de relaciones sociales con los humanos dentro de las cuales se supone que cada uno de los dos sexos se confina.

La proyección de esta dicotomía de los modos de tratamiento de lo ajeno sobre las formas de explotación de la naturaleza no carece de consecuencias para las mujeres. Es verdad que su encerramiento en el universo de la consanguinidad se ve reforzado por el papel maternal que se les asigna en el cultivo de los hijos vegetales. Aisladas en su retiro doméstico, las maestras de la mandioca están completamente separadas del dominio reservado a los hombres: la negociación de las alianzas mediante las cuales ellos disponen de ellas y la conducción de esas guerras donde no es raro que ellas sean matadas. En esta sociedad donde el dominio de los maridos sobre las esposas se expresa a menudo con una extrema brutalidad, la horticultura ofrece no obstante una compensación a la sujeción de las mujeres. Sin pretender que la

magia de los huertos tenga por única función de dar a las mujeres la ilusión de una autonomía que de otro modo les sería negada, no está vedado pensar que el dominio que se les reconoce sobre la vida de las plantas cultivadas contribuye a hacerles olvidar parcialmente la violencia de la dominación masculina. Se recordará, en efecto, que la horticultura es considerada por todos como una empresa difícil y peligrosa cuyos frutos llegan a los hombres solamente gracias a la buena voluntad de las mujeres. Gracias al margen de independencia que se reservan al controlar material y simbólicamente una esfera estratégica de la práctica, las mujeres disponen de un refugio donde reinan absolutamente. Quizá esto constituya un admirable ardor para que se olviden de envidiar el poder de los hombres.

Si es verdad que “el hombre posee una historia porque transforma la naturaleza” (Godelier 1984: p 10), sin embargo algunas de las ideas que él se ha hecho de esta transformación han mantenido durante mucho tiempo su historia por caminos desviados. Así, se ha explicado a menudo la homeostasis de las fuerzas productivas en las “sociedades frías” con la idea de que necesidades socialmente limitadas y perfectamente satisfechas no ofrecían ningún incentivo para desarrollar la acumulación infinita de las riquezas. Los Achuar ofrecen una buena ilustración de esta autocontención armoniosa en la cual la delimitación restrictiva de los objetivos no engendra frustración. A ello hay que añadir que uno de los medios de acumulación de riquezas es el mejoramiento de la productividad del trabajo mediante la prolongación de su duración; ahora bien, hemos podido mostrar en este libro que, contrariamente a las predicciones de la teoría económica marginalista, los Achuar no ajustaban automáticamente su volumen de trabajo a sus objetivos de producción. Cuando existe un consenso implícito entre todos los miembros de una sociedad acéfala sobre la cantidad máxima de tiempo que cada uno debería dedicar normalmente a las funciones de producción, bien parece que la prolongación de la duración del trabajo no puede ser obtenida sin un constreñimiento ideológico o político supralocal, es decir sin un trastorno de la organización social igualitaria.

La manera en que los Achuar socializan la naturaleza en lo imaginario sugiere una tercera hipótesis, que no excluye a las otras dos, para interpretar la capacidad que tienen ciertos sistemas productivos de perpetuarse de manera idéntica durante largos períodos de tiempo. Postulamos, en efecto, que cuando una sociedad concibe el uso de la naturaleza como homólogo de un tipo de relación entre los hombres, toda modificación o intensificación de este uso deberá pasar por una reorganización profunda tanto de la representación de la naturaleza como del sistema social que sirve para pensar metafóricamente su explotación. Aunque pueda parecer abstracta en su formulación, esta hipótesis es el resultado directo de nuestro análisis detallado de la respuesta adaptativa de los Achuar a dos biotopos contrastados, análisis que encuentra su legitimación a posteriori en los resultados teóricos que ella suscita. En efecto, si la medición de los fenómenos sociales es en sí misma un fin, la mayoría de las veces acaba sólo dando una forma estadística a evidencias. El espíritu de geometría que invocábamos al comienzo de esta obra quizá no constituya la

tendencia más natural de la investigación etnológica y cuando lo ejercemos por obligación lo hacemos provistos de razones muy precisas. Si nos hemos sujetado a cuantificaciones meticulosas y a análisis ecosistémicos detallados, fue para medir precisamente los límites de un determinismo ecológico que una aproximación más negligente no hubiera permitido sacar a la luz. Frente a esta multiplicidad de factores limitantes que ciertos etnólogos descubrían en la Amazonia, había que asignar con precisión el marco de lo posible y así evaluar el margen de una eventual intensificación de la explotación de la naturaleza.

La duda previa que experimentábamos con respecto a las tesis reduccionistas de la ecología cultural era más bien de orden epistemológico; ahora bien, los resultados que nos entregaron nuestros análisis de la adaptación de los Achuar a su ecosistema han venido a confirmar ampliamente nuestra desconfianza inicial. En efecto, creemos haber establecido claramente que una diferencia muy real en las potencialidades productivas de los diversos biotopos explotados por los Achuar no engendraba necesariamente una diferencia en la actualización efectiva de estas potencialidades. Dicho de otro modo, en los límites generales de los constreñimientos indudablemente ejercidos sobre una sociedad por el ecosistema que ella explota, no hay un ajuste automático de las capacidades productivas a los recursos virtuales. Poco más o menos idénticos por las técnicas que las organizan y por las representaciones de la relación con la naturaleza que les subtienden, los sistemas de explotación del medio, empleados por los Achuar del uno y del otro hábitat, poseen una productividad aproximadamente igual. No obstante, mientras que las características ecológicas del biotopo interfluvial sólo autorizarían una intensificación restringida del aprovisionamiento alimentario, las del biotopo ribereño permitirían sin duda alguna un desarrollo considerable de la base material de la subsistencia.

Sin querer especular demasiado sobre los caprichos del devenir histórico, podemos sin embargo suponer que una explotación intensiva de la capacidad de carga demográfica de su hábitat habría obligado a los Achuar ribereños a efectuar algunas opciones drásticas. Rápidamente destruidas por la violencia colonial, las sociedades jerarquizadas de las llanuras aluviales del Amazonas constituyen el horizonte histórico de este tipo de opción. Se sabe por los cronistas y por los arqueólogos que ellas vivían reagrupadas en un cordón ininterrumpido de aldeas densamente pobladas y que sus técnicas sofisticadas de cultivo del maíz hacían posible la acumulación de importantes excedentes. Sabemos también que el almacenaje de alimentos era a la vez la condición y el resultado de la dominación política de algunos jefes supremos con extensos poderes. Ahora bien, difícilmente puede concebirse un modo de vida más antitético que el que hoy goza de la preferencia de los Achuar. No solamente les horroriza profundamente la idea de una vida colectiva en comunidades aldeanas, sino que además la pérdida de la autonomía simbólica implícita en una planificación política de la producción doméstica constituiría la negación del bien vivir tal como ellos lo conciben. Si, pese a todas las ventajas de que disponían, los

Achuar ribereños no han elegido desarrollar su base material, es porque quizá el esquema simbólico que organiza su uso de la naturaleza no era lo suficientemente flexible para poder absorber la reorientación de las relaciones sociales que esta elección habría engendrado. La homeóstasis de las “sociedades frías” de la Amazonia resultaría entonces menos del rechazo implícito de la alienación política del que Clastres dotaba a “los salvajes” (1974: pp. 161-186) que del efecto de inercia de un sistema de pensamiento que no puede representarse el proceso de socialización de la naturaleza más que a través de las categorías que norman el funcionamiento de la sociedad real. Al revés del determinismo tecnológico somero que impregna a menudo las teorías evolucionistas, se podría postular aquí que la transformación por una sociedad de su base material está condicionada por una mutación previa de las formas de organización social que sirven de almacén conceptual al modo material de producir.

La legitimidad de semejante inducción es naturalmente muy cuestionable, pues nada predispone a los Achuar a convertirse en los garantes involuntarios de una historia conjetural. Empero, incluso entre los cronistas más escrupulosos, la observación atenta de una sociedad exótica provoca siempre un sentimiento insidioso de regresión en el tiempo. Aunque se defienden de ello la mayoría de las veces, muchos etnólogos están animados en su empresa por el deseo no formulado de una búsqueda de los orígenes. Los vaticinios oraculares y los decretos de los dioses han cesado de gobernar nuestros destinos, mas la ilusión de un retorno al pasado de la humanidad está agazapada a la vuelta de un viaje. Esta ilusión está en la fuente de las metafísicas de la nostalgia así como de los extravíos del evolucionismo retrospectivo. Pero tal vez sea un bajo precio que pagar por el privilegio de compartir la intimidad de ciertos pueblos cuyo incierto porvenir se halla todavía suspendido de los lazos que han tejido con los seres de la naturaleza.

Referencias citadas

- Beckerman, S. 1979. “The abundance of protein in Amazonia: a reply to Gross”, *American Anthropologist*, vol. 81, n° 23, pp. 533-60.
- Berlin, E. A. y Markell, E. 1977. “Parásitos y nutrición: dinámica de la salud entre los Aguaruna Jíbaro de Amazonas, Perú”, en *Studies in Aguaruna Jíbaro Ethnobiology*, reporte n° 4. Berkeley: Language Behavior Research Laboratory, University of California.
- Clastres, P. 1974. *La Société contre l'Etat*. París: Minuit.
- Denevan, W. 1976. “The aboriginal population of Amazonia” pp. 205-34, en W. Denevan (ed.), *The Native population of the Americas in 1942*. Madison: Universidad de Wisconsin Press.
- Godelier, M. 1984. *L'idéal et le matériel: Pensée, économies, sociétés*. París: Fayard.

- Gross, D. 1975. "Protein capture and cultural development in the Amazon Basin", *American Anthropologist*, n° 77, pp. 526-49.
- Haudricourt, G. 1962. "Domestication des animaux, culture des plantes, traitement d' autrui", *L'Homme*, vol. 2, n° 1, pp. 40-50.
- Lizot, J. 1977. "Population, ressources et guerre chez les Yanomami", *Libre*, n° 2, pp. 111-45.
- Lizot, J. 1978. "Economie primitive et subsistance: essai sur le travail et l'alimentation chez les Yanomami", *Libre*, n° 4, pp. 69-113.
- Ross, E. 1976. *The Achuara Jivaro: Cultural Adaptation in the Upper amazon*, tesis doctoral, Columbia University, Ann Arbor (Michigan): Xerox University Microfilms.
- Sahlins, M. 1968. "La premiere société d'abondance", *Les temps modernes*, n° 268, pp. 641- 80.
- Sahlins, M. 1972. *Stone Age Economics*. London: Tavistock Publications.
- Taylor, A. C. 1983a. "The marriage alliance and its structural variations in jivaroan societies", *Information sur les sciences sociales*, vol. 22, n° 3, pp. 331-53.
- Vickers, W. 1976. *Cultural Adaptation to amazonian Habitats: the Siona-Secoya of Eastern Ecuador*, tesis doctoral, University of Florida, Ann Arbor (Michigan): Xerox University Microfilms.
- White, T. 1953. "A method of calculating the dietary percentage of various food animals utilized by aboriginal peoples", *American Antiquity*, n° 4, pp. 396-98.
- Wu Leung, W. y Flores, M. 1961. *Food composition Table for Use in Latin America*. Bethesda (Maryland): Interdepartmental Committee on Nutrition for National Defence.